

LENGUAJES DOCUMENTALES:
APROXIMACIÓN A LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA
DE UN CONCEPTO

M.^a JOSÉ LÓPEZ-HUERTAS PÉREZ

Los orígenes del concepto moderno de lenguaje documental hay que buscarlos a finales del siglo XIX en las figuras de Charles Ami Cutter y Melvil Dewey, entre otros. No obstante, estas corrientes modernas de pensamiento no surgieron espontáneamente de la nada, sino que culminaron un proceso emprendido muchos años atrás.

Hacer ese recorrido histórico que abarque desde la aparición de la actividad que subyace en el concepto de lenguaje documental hasta llegar al momento actual en que tal actividad se desarrolla, independiza y se convierte en disciplina independiente dentro del contexto de las Ciencias de la Documentación va a ser el objetivo de este trabajo.

La actividad latente del concepto moderno de lenguaje documental puede considerarse tan antigua como la primera biblioteca, y se desarrolla cuando el número de volúmenes en ella depositados es tan elevado que impide la localización rápida de uno determinado en el momento preciso. En opinión de Buchanan, «cuando el número de documentos llega a ser tan grande que una persona sea incapaz de localizar uno de ellos, es necesario organizarlos, y cuando esta tarea llega a ser demasiado grande para desempeñarla informalmente, se institucionaliza, es decir, se contratan especialistas para que la lleven a cabo»¹.

El estudio lo dividiremos en tres etapas que se corresponden con los distintos momentos de evolución conceptual, a las que llamaremos embrionaria, precientífica y científica respectivamente.

Período embrionario. Se extiende desde la Edad Antigua hasta el siglo XVI aproximadamente y el único antecedente conceptual que reconocemos son las clasificaciones, a menudo improvisadas y sin pretender serlo, que encontramos bien en los catálogos de las bibliotecas he-

¹ BUCHANAN, B.: *Theory of Libray Classification*. London, Clive-Bingley, 1979, p.11.

chos por bibliotecarios, donde los fondos bibliográficos se presentan agrupados por afinidades temáticas, o bien en las clasificaciones encontradas en las bibliografías. De ambas actividades han quedado numerosos testimonios.

En China, una de las primeras clasificaciones bibliográficas data del siglo I a. C. y se atribuye a un discípulo de Confucio, quien ideó un sistema de clasificación basado en siete divisiones principales, que estaría vigente hasta el siglo III d. C. Posteriormente, se impondría una clasificación basada en cuatro grandes grupos, que gozó de gran influencia, y fue adoptada por las bibliografías oficiales. Un ejemplo de ellas fue la realizada por Chang su Wuchi del siglo VII d. C., donde los títulos aparecen agrupados bajo los epígrafes de Clásicos, Historia, Filosofía y Bellas Artes. Un hecho destacable, aunque no exclusivo de China ni de este período sino que sigue dándose en la actualidad ², es que bibliografías y clasificación han estado estrechamente unidas desde sus comienzos, atribuyéndose la primera de ellas al mismo Confucio en el siglo VI a. C.³

En el mundo occidental, uno de los primeros intentos de clasificación bibliográfica se atribuye a Calímaco (260-240 a. C.), bibliotecario de la Biblioteca de Alejandría, que elaboró un catálogo clasificado de los fondos de la biblioteca⁴. En opinión de A. Serrai, es bastante probable que las bibliotecas de Babilonia, Asiria, Grecia y Roma tuvieran sus libros organizados temáticamente⁵.

Durante la Edad Media, continúa la misma tendencia que se puso de manifiesto en los catálogos de las bibliotecas de los monasterios. De finales del siglo XIII es el catálogo del monasterio de los Hermanos Menores de Italia, que presenta un esquema clasificado dividido en quince clases⁶. Otros ejemplos son los del monasterio cartujo de Aggsbach en Austria y el del monasterio de Melk, ambos del siglo XV. Este último poseía

² La C.D.U., por ejemplo, nace cuando se buscaba un sistema de clasificación adecuado para agrupar temáticamente las noticias bibliográficas del Repertorio Universal de Otlet y La Fontaine. Surge, en principio, como una clasificación subordinada a los intereses bibliográficos.

³ TSIEN, Tsuen-Hsuei: *A History of Bibliographic Classification in China*. Library Quarterly, vol. 22, n.º 4, 1952, pp. 307-324.

⁴ WITTY, F. J.: *The Pinakes of Callimachus*. Library Quarterly, vol. 28, n.º 2, 1958, pp. 132-136. El autor estudia los fragmentos que han sobrevivido de los 120 volúmenes de que constaba la obra original, y reconstruye, a partir de ellos, las clases establecidas por Calímaco.

VERNER, M.: *Adrien Baillet (1649-1706) and his Rules for an alphabetic Subject Catalog*. Library Quarterly, vol. 38, n.º 3, 1968, p. 221.

⁵ SERRAI, A.: *Le classificazioni. Idee e Materiali per una Teoria e una Storia*. Firenze, Leo Olckki, 1977, pp. 7-8.

⁶ SERRAI, A.: *Op. cit.*, p. 41.

tres índices: una lista de autores, otra temática y otra de obras anónimas por palabras claves. Asimismo los monasterios de Rebdorf y el de Egidio de Nurenberg, de finales del siglo XV, poseían incipientes catálogos diccionarios para acceder a sus fondos⁷.

A partir del siglo XV se produce un salto cualitativo importante en la concepción y desarrollo de las clasificaciones bibliográficas que, a partir de ahora, se dividen en dos clases: las que se basan en fundamentos metafísicos y las que siguen un criterio esencialmente pragmático, elaboradas sin referencia alguna a un orden ideal del conocimiento sino dirigidas al ordenamiento práctico de los libros⁸. Primera en el tiempo —finales del XV— fue la pragmática, representada por Aldo Manucio, que inaugura la corriente conocida como el sistema francés, y que continuarán Naudé y Garnier en el siglo XVII.

La clasificación metafísica tiene su origen hacia el 1550, según Maltby, y está representada por la contribución de Gesner recogida en su obra *Bibliotheca Universalis*, concretamente en los Pandectas. Aquí nos presenta una clasificación jerárquica del conocimiento ideada para agrupar las entradas bibliográficas temáticamente⁹.

Una contribución interesante la encontramos en la edición de las obras de San Agustín realizada por Erasmo, donde uno de los índices a la totalidad de la obra es temático y las entradas aparecen ordenadas bajo encabezamientos de materia. Incluye también referencias de véase y de véase además y las entradas compuestas por más de una palabra tienen un cierto orden de expresión¹⁰.

Período precientífico. Con la llegada del siglo XVII, empiezan a producirse intentos más serios, aunque aislados, de aproximación al concepto moderno. Este cambio no es casual sino promovido por las corrientes de pensamiento imperantes entonces en Europa, que se materializaron en la búsqueda de un lenguaje universal que permitiera eliminar las barreras lingüísticas y en una necesidad de encontrar un sistema de clasificación para organizar las ciencias en rápido desarrollo. Por esta razón hemos llamado precientífico al comprendido entre los siglos XVII al XIX.

⁷ VERNER, M.: *Op. cit.*, p. 221.

⁸ Estas tendencias van a continuar hasta el siglo XX, donde encontramos clasificaciones que se rigen por un principio de pragmatismo fundamentalmente, como la de la Biblioteca del Congreso y las que se basan en criterios predominantemente teóricos, filológicos o disciplinares, como la C.D.U.

⁹ MALTBY, A.: *Sayer's Manual of classification for Librarians*. 5th. ed. London, André Deutsch, 1978, pp. 113-116.

¹⁰ WITTY, F. J.: *Early Indexing Techniques: a Study of Several book Indexers of Fourteenth, Fifteenth, and Early Seventeenth Centuries*. Library Quarterly, vol. 35, n.º 3, 1965, pp. 145-146.

Aportaciones interesantes de esta etapa son las representadas por Seth Ward, Comenius, Kinner, Wilkins y Baillet.

Seth Ward (1617-1689) intuyó la importancia del signo no sólo en el lenguaje natural sino como expresión de otras realidades: «... tales símbolos podrían ser diseñados para cada cosa y noción...»¹¹.

Comenius, interesado en construir un lenguaje universal, cree que éste debe ser racional, analógico y armónico, poniendo así las bases que permitirán a su colaborador Kinner formular uno de los primeros programas teóricos de un lenguaje de clasificación¹².

Cyprian Kinner empezó sus trabajos ideando una clasificación taxonómica de botánica para acabar desarrollando un sistema de signos simbolizados por medio de un juego de consonantes y vocales. Estas notaciones eran expresivas del esquema clasificatorio y estaban dotadas de indiscutibles cualidades nemotécnicas, lo que supuso un gran avance en la teoría de la clasificación al adelantarse en más de un siglo a la formulación de postulados que tendrían su desarrollo completo a finales del siglo XIX.

Kinner también se ocupa de estudiar el número óptimo de signos que debía tener su clasificación, concluyendo que debía tener tantos como términos primitivos existían en el lenguaje natural. Tal afirmación hace pensar en las teorías modernas de representación del conocimiento, concretamente en las teorías de las unidades primitivas semánticas que postula la necesidad de «reducir los descriptores a sus unidades semánticamente más primitivas»¹³.

John Wilkins continuó la labor iniciada por Kinner. De su trabajo destacaremos la importancia de haber puesto en evidencia la necesidad de un catálogo diccionario como medio de acceso del usuario al lenguaje de la clasificación, concebido aquél como un índice a la clasificación. También destacó la importancia del control de sinónimos, homónimos y antónimos. Está considerado como uno de los precursores del tesoro moderno¹⁴.

Otra de las contribuciones destacadas, desligada de la actividad bibliográfica y consciente de su propio hacer, es la llevada a cabo por Adrien Baillet (1649-1706), considerado como precursor de las teorías de Cutter, por ser uno de los primeros en formular los principios de los encabezamientos de materia. Sus postulados están recogidos en la introduc-

¹¹ SCHULTE-ALBERT, H. G.: *Classificatory Thinking from Kinner of Wilkins; Classification and Thesaurus Construction, 1645-1668*. Library Quarterly, vol. 49, n.º 1, 1979, p. 45.

¹² Idem, p. 46.

¹³ VICKERY, B. C.: *Knowledge Representation. A brief Review*. Journal of Documentation, vol. 42, n.º 3, 1986, pp.151-152.

¹⁴ SCHULTE-ALBERT, H. G.: *Op. cit.*, pp. 58-60.

ción al catálogo que hizo de la biblioteca del jurista francés Lamoignon. Las reglas estaban pensadas para un catálogo con múltiples entradas, donde se incluían referencias de equivalencia y los requisitos necesarios para lograr una entrada uniforme¹⁵.

Durante el siglo XVIII continuaron las tendencias iniciadas en el siglo XVI y desarrolladas en la siguiente centuria. Continuaron proliferando las clasificaciones como instrumento y base de organización del trabajo bibliográfico. Al mismo tiempo, los catálogos de bibliotecas clasificados siguen produciéndose. Giuseppe Allegranza, director de la biblioteca de Brera de Milán, publicó su catálogo adoptando la entrada por materias para las obras anónimas.

Período científico. Con el siglo XIX comienza una nueva e importante etapa en la evolución histórica del concepto lenguaje documental. Hasta ahora, la actividad precursora de nuestro concepto había estado subordinada a otros intereses, como el de ordenar una bibliografía, unos libros en los catálogos de bibliotecas o, a veces, agrupar temáticamente el contenido de una obra individual. Sólo se alzaron voces aisladas en las que podíamos reconocer un auténtico antecedente del concepto moderno.

A partir de este momento, ese concepto latente toma conciencia de su importancia, se independiza y propicia el nacimiento de las primeras teorías que pondrán las bases sobre las que se va a construir el concepto moderno de lenguaje documental, que verá su consolidación en el siglo XX.

De principios de siglo es Andrea Crestadoro, reconocido como el introductor de la idea de que «un catalogador debía ofrecer al público una guía normalizada del contenido temático de los libros, dándole un encabezamiento apropiado y reconocible por el usuario»¹⁶. Es considerado un precursor inminente de los encabezamientos de materia y de los modernos índices Kwic en opinión de J. H. Shera.

No obstante, las clasificaciones aparecidas en las bibliografías y en los catálogos temáticos de bibliotecas siguen produciéndose en esta centuria. El primer movimiento culmina con la obra de Brunet, adscrito al sistema francés de clasificación, anteriormente mencionado, en su *Manuel du Libraire*, una bibliografía publicada por primera vez en 1804. La clasi-

¹⁵ VERNER, M.: *Op. cit.*, pp. 217-230.

¹⁶ DAYLY, J. E.: *Subject headings*. En: *Encyclopedia of Library and Information Science*. New York, Marcel Dekker, 1971-1983, vol. 29, p. 178.

Para más información sobre Andrea Crestadoro véase: FIRBY, N. D.: *Andrea Crestadoro*. En: *Encyclopedia of Library and Information Science*. New York, Marcel Dekker, 1971-1983, vol. 6, pp. 271-276.

ficación bibliográfica incluida está desarrollada en el último de sus volúmenes, que es el índice temático de la obra. Esta clasificación tuvo una gran acogida en el mundo bibliotecario.

La Biblioteca Nacional de París se basó en Brunet para su organización. Asimismo, este sistema dejó sentir su influencia en la clasificación del Museo Británico, según puede verse en el informe presentado por el grupo encargado de elaborarla en 1825. Actualmente, es seguido por algunas bibliotecas.

Mientras Europa permanecía inmersa en la tradición heredada de siglos anteriores y nada hacía suponer la proximidad de un movimiento innovador, en los Estados Unidos de Norteamérica surge una importante corriente de pensamiento que dará origen a las primeras obras teóricas sobre lenguajes documentales en su sentido moderno según Metcalfe¹⁷.

Para Loll Rolling, el cambio producido en la segunda mitad del siglo XIX es importante y progresista porque «se pasa de la clasificación de cosas (Linneo) y de conceptos a la clasificación de documentos que describen o mencionan las cosas y los conceptos, y se elaboran los primeros sistemas de clasificación universal». A partir de aquí, los sistemas de clasificación se convierten en lenguajes documentales «en sentido moderno»¹⁸.

Consecuencia de esa incesante actividad fue la publicación en 1876 de dos obras que marcarían un hito en la teoría del acceso temático a la Información: la *Clasificación Decimal* de Melvil Dewey y las *Reglas para un Catálogo-Diccionario* de Charles Ami Cutter. Cada una de ellas se convertirá en el exponente de un tipo diferente de lenguaje documental, los únicos que se conocerán hasta bien entrado el siglo XX.

El esquema de la clasificación decimal va a responder a las características del lenguaje precoordinado, de estructura jerárquica y vocabulario controlado, compartidas por la gran mayoría de las clasificaciones bibliográficas modernas. Este sistema ha sido y es muy utilizado en diferentes bibliotecas de todo el mundo, desde China a Europa pasando por la Unión Soviética y América. Además, daría origen en un futuro cercano a la *Clasificación Decimal Universal (C. D. U.)*. A finales de este mismo siglo surge otra clasificación que también tendría aceptación: la *Clasificación de la Biblioteca del Congreso* que con el tiempo ganaría terreno a la de Dewey, sobre todo en los Estados Unidos.

¹⁷ METCALFE, J.: *Information, Indexing and Subject Cataloging: Alphabetical, Classified, Coordinate, Mechanical*. New York, Scarecrow Press, 1957, p. 303.

¹⁸ ROLLING, L.: *Langages Documentaires*. En: *Informatique et Information Scientifique et Technique*. Cours 1981-09-13. Cap d'Agde. Lechenay, INRIA, 1982, p. 75.

Las teorías que Charles Ami Cutter expuso en su obra siguen teniendo vigencia hoy día, sobre todo las que dieron origen a los Encabezamientos de Materia, caracterizados por la preordinación, la estructura asociativa y el control de su vocabulario, regido todo por el criterio de la especificidad.

Cutter introduce una clase de lenguaje documental basado en unos principios inéditos hasta entonces y completamente distintos de los que inspiran las clasificaciones: el principio de especificidad y el de entrada directa son los dos pilares constituyentes del nuevo sistema que rompen con el esquema arbóreo de las clasificaciones bibliográficas y representan un paso de aproximación al usuario de los sistemas de información.

Las ideas de Cutter se introdujeron rápidamente en Europa de la mano del italiano Giuseppe Fumagalli quien, en 1887, publica una obra reflejo de la Cutter con el título de *Cataloghi di Biblioteche e Indici Bibliografici*¹⁹.

La trascendencia de las teorías de Cutter sobrepasarán todas las provisiones iniciales, porque los encabezamientos de materia pueden considerarse como los precursores más inmediatos de un nuevo tipo de lenguaje documental que aparecerá en la próxima centuria: el tesaurus.

Durante la primera mitad del siglo XX, se afianzan las teorías iniciadas en las últimas décadas del siglo XIX²⁰. Se observa un florecimiento de nuevos sistemas de clasificación bibliográfica, nuevos encabezamientos de materia, y entran en escena los lenguajes documentales especializados, al mismo tiempo que el centro de actividad creadora se desplaza a Europa y a otros países. Inglaterra ocupará en estos momentos un lugar destacado.

Numerosas son las clasificaciones que ven la luz durante este período: la de *H. E. Bliss* (Inglaterra), la *C. D. U.* (Bélgica) y la de *Brown* (Inglaterra), entre otras. Mención especial merece la clasificación de *Ranganathan* (India), por romper con el esquema de las clasificaciones enumerativas, imperante hasta entonces, y por introducir el concepto de las facetas que tanta repercusión tendría en el desarrollo posterior de los lenguajes documentales. Concretamente fue inspiradora del tesaurus faceta-

¹⁹ SERRAI, A.: *Del Catalogo Alfabetic per Soggetti, Semantica del Rapports-Indicale*. Roma, Bulzoni, 1979, p. 97. El autor dedica todo el capítulo cuarto de su libro a los teóricos italianos de encabezamientos de materias, desde Fumagalli (1978) hasta Giuliano Vignini con su *Nuovo Soggettario Italiano* (1978).

²⁰ MALTBY, A.: *Op. cit.*, p. 124. El autor señala que el primer intento sistemático de establecer la teoría de la clasificación bibliográfica se debe a Ernest Cushing Richardson en su obra *Classification*, porque considera que los anteriores intentos están basados más en la práctica que en la teoría.

Se publican también nuevos encabezamientos de materia: los de la *Biblioteca del Congreso de Washington*, que influirá notablemente en otras muchas listas, sobre todo en las italianas y suramericanas, y los de *M. E. Sears*, de gran difusión y uso en toda América principalmente.

Después de la Segunda Guerra Mundial, se produjo un vertiginoso aumento de las publicaciones científicas y técnicas y, en poco tiempo, los sistemas tradicionales utilizados para el tratamiento y recuperación de la información, en su mayoría enciclopédicos, empezaron a dar muestras de ineficacia en determinadas circunstancias.

Las presiones ejercidas por esta nueva situación hizo que se abandonara la ortodoxia preconizada por anteriores principios, y se buscaran formas alternativas de expresión en la lingüística documental. Este hecho condujo a la creación de un nuevo lenguaje: el tesoro, que fue recibido como la panacea necesaria para eliminar los problemas que tenían planteados los sistemas de información.

Según Norman Roberts²¹, 1959 fue la fecha de aparición del primer tesoro completamente desarrollado, aunque sus comienzos conceptuales datan de 1952 aproximadamente. Varios son los nombres que están implicados en el proceso de la formación conceptual del tesoro: P. M. Roget con su *Thesaurus of English Words and Phrases* de 1852²², tesoro lingüístico pero citado como el ejemplo más cercano al documental, junto con Mooers, Taube, Bernier, Crabe Luhn, Whaley y el equipo inglés de Cambridge Language Research Unit (CLRU), Costello y Wall, auténticos artífices del nuevo lenguaje.

El tesoro, que es un lenguaje postcoordinado de estructura combinatoria, vocabulario controlado y especializado por naturaleza, no nació, en cambio, unido a la idea de la postcoordinación. En sus inicios, tuvo muchas concomitancias con los encabezamientos de materia. Lo que realmente hizo que el tesoro fuera un nuevo lenguaje lo propició su coincidencia en el tiempo con la teoría de la coordinación de conceptos y el recién creado sistema de unitérminos ideados por Mortimer Taube en 1952²³.

La consolidación del tesoro estuvo estrechamente relacionada con el desarrollo tecnológico y la aparición de los ordenadores, que estuvie-

²¹ ROBERTS, N.: *The Prehistory of the Information Retrieval Thesaurus*. *Journal of Documentation*, vol. 40, 1984, p. 271. El artículo es un minucioso estudio de las primeras contribuciones que propiciaron el nuevo lenguaje (1947-1959), donde se pone de manifiesto sus dilatados y confusos comienzos.

²² FOSKETT, D. J.: *Theory of Clumps*. En: *Encyclopedia of Library and Information Science*. New York, Marcel Dekker, 1971-1983, vol. 5, p. 416.

²³ WHALEY, F.: *Concept coordination*. En: *Encyclopedia of Library and Information Science*. New York, Marcel Dekker, 1971-1983, vol. 5, p. 679.

ron ligados al concepto desde sus mismos orígenes. Luhn fue el primero en entrever la utilización automatizada del tesoro²⁴.

Mientras se vivía esta efervescencia teórica en Norteamérica e Inglaterra, otros países, en cambio, veían surgir nuevos sistemas de clasificación generales y especializados, y nuevas listas de encabezamientos de materias, como las de Carmen Rovira, Aguayo (Cuba), la preparada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas español en 1965, y ya más reciente, la publicada por el Ministerio de Cultura en 1986.

Además de los ejemplos citados arriba, otros autores españoles como Méndez Albarrán con su Clasificación Decimal (1932), Javier Lasso de la Vega con su obra *Clasificación Decimal* (1942), donde explica el sistema y hace una historia de las clasificaciones y María Luisa Poves con su Catálogo Diccionario (1970), fueron, entre otros, introductores del concepto en nuestro país.

El tesoro fue perfeccionándose con el paso del tiempo hasta llegar a ser una precisa herramienta de control terminológico. Los estudios de semántica y sintaxis documentales, hasta ahora incipientes, alcanzan un elevado nivel de desarrollo permitiendo al tesoro llegar a un alto grado de elaboración. Al mismo tiempo, los sistemas de información pudieron adquirir una gran precisión gracias a estos avances.

La especial importancia concedida a la sintaxis llevó a la creación de lenguajes muy elaborados, de estructura sintáctica, como fue el Syntol (Syntagmatic Organization Language) a finales de los años sesenta.

De mediados de los años setenta es otro lenguaje que tuvo muy buena acogida. Nos referimos al PRECIS (Preserved Context Index System), ideado por Derek Austin²⁵.

La gran euforia con que fue acogido el tesoro se convertiría en cierto desencanto ante la gran proliferación y tipología que alcanzaron. Este hecho influiría negativamente en los grandes sistemas de información porque, imperceptiblemente, se fueron levantando auténticas barreras lingüísticas documentales que iban a dificultar o impedir la transmisión rápida de la información. Esta situación es comentada por Rodríguez Delgado en su artículo que lleva un expresivo título: «La integración de los lenguajes documentales, fin de Babel»²⁶.

Actualmente, existe una tendencia a buscar el equilibrio perdido ante tan excesiva especialización y tipología lingüística documental y se observa una vuelta a los lenguajes documentales más generales.

²⁴ ROBERTS, N.: *Op. cit.*, pp. 274-276.

²⁵ AUSTIN, Derek: *The Precis. A manual of concept analysis and concept indexing*. London, British Library, 1974.

²⁶ RODRÍGUEZ DELGADO, R.: *La integración de los lenguajes documentales, fin de Babel*. Revista Española de Documentación Científica, vol. 3, n.º 4, 1981, p. 23.

Quizá como consecuencia del efecto aislante que produjo el tesoro, unido a la tendencia reciente a crear sistemas de información de gran cobertura geográfica²⁷, surge la idea de un nuevo lenguaje: son los llamados lenguajes de conexión o lenguajes puente, llamados a resolver, en teoría, esta nueva necesidad planteada y pensados para conseguir que la información fluya con más celeridad, actuando como auténticos «traductores documentales» que hacen posible la comunicación entre lenguajes documentales diferentes integrados en un sistema de información.

A pesar de que el proyecto tiene un indudable interés, no existe aún ejemplo alguno que funcione plenamente y sea utilizado a gran escala²⁸.

Esta vuelta a la universalidad no implica en absoluto un regreso a la rigidez estructural de los lenguajes jerárquicos, sino una vuelta al enciclopedismo temático, aunque éste sea restringido, con otra proyección estructural. Se observa, pues, un cierto movimiento cíclico en la evolución histórica del nuestro cocepto.

E. Scibor ha aventurado una predicción para los años venideros donde se confirma la tendencia a la universalidad, que extiende a un determinado tipo de lenguaje, al decir que los sistemas de clasificación general continuarán no sólo en los ochenta sino también en los noventa «porque su desarrollo estará estrechamente relacionado con la creación y desarrollo de grandes sistemas de información regionales, nacionales o mundiales»²⁹.

²⁷ Sirva como muestra el hecho de que uno de los últimos proyectos en curso auspiciados por la Unesco es la creación de un sistema de información euroárabe.

²⁸ Existió un proyecto patrocinado por la Unesco que perseguía la elaboración de un lenguaje de características similares a las descritas. Recibió el nombre de Broad System of Ordering (B.S.O.), pero no tuvo aceptación y fue objeto de numerosas críticas.

Para más información sobre el tema, véase:

COATES, E. J.; LLOYD, G.; SIMANDL, D.: *The B.S.O. manual; the development, rationale, and use of the Broad System of Ordering*. The Hague, FID., 1979.

SOERGEL, D.: *The Broad System of Ordering. A critique*. International Forum on Information and Documentation, vol. 4, n.º 3, 1979, pp. 21-24.

²⁹ SCIBOR, E.: *Universal Classification Systems at the star of the Eighties*. International Forum on Information and Documentation, vol. 6, n.º 1, 1981, p. 23.